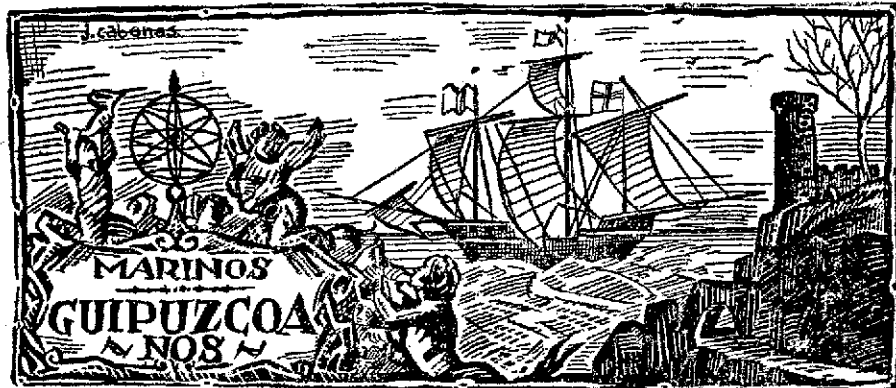




Letras, Costumbres y Tradiciones del País Vasco



EL GENERAL TOMAS DE LARRASPURU Y CHURRÚCA

Natural de Azcoitia, bien tierra adentro de la bella Guipúzcoa, lo que hace resaltar más el gran mérito de las excepcionales aptitudes marítimas que desarrolló en el transcurso de su vida. Era hijo de Nicolás de Larraspu y de María López de Churrúca, ambos también de Azpettia. No puedo dar más antecedentes biográficos porque, si bien fué honrado con el hábito de Santiago, en el índice del Archivo histórico nacional aparece con la indicación de "Sin Expediente", lo que quiere decir que desapareció.

Larraspu entró a servir con plaza de soldado, navegando en el navío "Deifin", de la armada de don Luis de Silva, en ocasión de pelear contra seis navios ingleses y holandeses el 6 de mayo de 1603, el "Deifin" abordó a la capitana enemiga y la rindió. Larraspu recibió en la función una balazo que le pasó la pierna derecha. Glorioso principio de carrera marítima.

Mandando después el patache "Esperanza" desempeñó muchas comisiones, ya de aviso ya de reconocimiento de enemigos, siendo notado su atrevimiento al atacar a una urca holandesa, de gran parte, a la que desbarbó.

A los 25 años de edad tuvo nombramiento de capitán; mando galeones de la Carrera de Indias y lo hizo con tal crédito que le valió el ascenso a almirante de la escuadra del Marqués de Cadreita.

La gran monarquía española ha cambiado de señor. De las manos débiles de Felipe III el pesado cetro ha caído en las del artista Felipe IV, tan excelente caballero particular como deplorable soberano. La España del siglo XVI, tan temida y respetada, va declinando en su poderío; pero aun el león puede dar terribles manotazos. Su postulación vendrá pronto con los desecierdos del Conde-Duque de Olivares.

El 4 de septiembre de 1622 salió del puerto de La Habana la flota de Tierra Firme, escoltada por la escuadra de ocho galeones y tres pataches que gobernaba el general Marqués de Cadreita, llevando como almirante a Tomás de Larraspu.

Poco después de llevar anclas se destacó un ciclón con furia tan extraordinaria que en la ciudad derribó muchas casas, arrancó árboles, arrasó plantaciones y alcanzó a las naves en la parte más peligrosa del fúnebre canal de Bahama, sin espacio para maniobrar. El galeón "Santa Margarita" varó en el cayo de los Mártires y se hizo pedruzcos instantáneamente; el "Nuestra Señora de Atocha", almirante de la flota, zozobró; el "Rosario" dió en la isla Tortuga, al norte de la "Españaola", y un patache en los arrecifes. Todos estos de guerra. De los mercantes se perdieron cuatro; todos los demás sufrieron graves averías de suerte que sólo cuatro quedaron con árboles.

Siendo rapidísima la marcha del fenómeno atmosférico tomó por otro lado a la escuadrilla de guarda de las Antillas, de la que naufragó la capitana con dos naves más. Se ahogaron el almirante Pasquier y más de mil personas, estimándose en más de cuatro millones la pérdida en plata y mercancías.

Las naves que se mantuvieron a flote fueron arribando como pudieron a La Habana, y allí invernarón por no existir pertrechos para repararlas, contrariedad grande para el Tesoro de la nación que, por lo general tenía descontentadas anticipadamente las remesas de Indias.

Varios buques salieron de España para proteger a los que pudieran llegar. No hay que decir con qué inquietud se esperaban en España noticias de la flota, ni el júbilo que se produjo viendo llegar a Cádiz a Larraspu con su almirante y un galeón de los que más riquezas conducían, y pocos días después la flota que traía completa el Marqués de Cadreita, porque la que se desbarbó en el canal de Bahama era al de Tierra Firme, quedando intacta la de Nueva España, a la que se agregaron en larga espera algunos otros navios.

La legada a Cádiz de Larraspu, cuando se temía la pérdida de la flota, agregó al concepto de valeroso y diestro marino, que tenía ganado, el de general de buena estrella que le fué encumbrado rápida y mercedariamente.

Al norte de Venezuela, frente a la parte meridional de la isla Margarita, existe la pequeña península de Araya, territorio de arribantes salinas muy codiciadas por los holandeses que necesitaban de ese producto para su desarrollada industria de salazón. Más de una expedición hicieron a aquellos lugares, llegando a construir una fortificación. Pero a España le perjudicaba esa vecindad que constituía permanente amenaza para los territorios cercanos; fueron expulsados esos huéspedes, enemigos irreconciliables de la España de los Austrias. Construyese sólida fortaleza que ya había sido atacada sin éxito y que seguía estando amenazada.

En prevención de nuevo ataque de los holandeses al fuerte de Araya; hizo rápido viaje, llegando a la isla Margarita sin que los numerosos enemigos que, casi dueños, surcaban aquellos mares, dieran con él; proveyó a la amenzada fortaleza, recorrió el mar Caribe con el contratiempo de perder a la almirante de Vizcaya a la entrada de Puerto Rico; estuvo en Cartagena y Portobelo, y desistió a Jamaica cuatro galeones, sabedor, de que por allí se habían visto velas sospechosas.

Buen servicio fué el de la escuadra de Larraspu limpiando las islas antillanas de contrabandistas; pero aún lo hizo mayor juntando las flotas en que enviaban los vecinos de Nueva España y del Perú un donativo al Rey, franqueando con ellas el canal de Bahama a mediados de agosto de 1624, y entrando en Cádiz, sin que le esperaran con 32 velas y muy cerca de trece millones.

En 1626 navegaba otra vez por el mar de las Antillas el almirante holandés Boduin a la espera de las flotas de Indias. Otras dos escuadras del mismo país hacían lo propio por la ruta conocida; pero uno y otras tuvieron poco éxito porque juntas las flotas españolas en La Habana emprendieron el viaje el 15 de agosto con escolta de 13 galeones de la armada de don Tomás de Larraspu y, aunque a poco día con ellas la que regia el holandés Piet Heinn, compuesta de otras trece, entre ellas ocho de las mayores y más fuertes que por entonces surcaban los mares, no se atrevió a cortar el convoy conductor del tesoro.

Años después Larraspu salió de Cádiz (8 mayo 1628), para auxiliar la plaza africana de La Mamora, sitiada apretadamente por los moros quienes, bajo la dirección de ingenieros ingleses, habían avanzado las trincheras y cortado el agua. Veintidós piezas gruesas de artillería la batían tendiéndola en gran apuro.

Llegó Larraspu con 35 naves fondeando en la costa a mar abierto, por estar la boca dominada por la artillería sitiadora. Sin vacilaciones, para que el enemigo no tuviera tiempo de recibir más elementos de las tribus del interior, ordenó el desembarco, acometiendo inmediatamente por tierra y agua y se hizo dueño, no sólo del puerto sino del campo de los sitiadores, tomando ocho cañones, 300 quintales de pólvora y un barco con todo lo que los sitiadores dejaron en la huida.

Prosiguiendo las operaciones por el norte de África cañoneó a Sale, puerto fortificado de los corsarios argelinos, costándole pocas el restablecimiento de la normalidad de los presidios africanos.

En uno de los viajes de Larraspu con la flota en dirección a España, otro furioso temporal pareció al de 1622 combatió a sus buques en aguas de las Bermudas, causando averías en los navios y bajas en las tripulaciones. En la capitana de Larraspu un rayo partió el mástil matando a cuatro hombres; varios galeones quedaron desarbolados por completo; la almirante de Nueva España y un patache se abrieron yéndose a fondo con tres buenos capitanes y algunos tripulantes. Se desordenó la formación de la flota y para cuando se pudieron reunir echaron de menos a la almirante de Honduras y un patache que, rezagados, cayeron en poder del enemigo, siempre en acecho.

Pasadas las Terceras hallaron a la armada de don Fadrique de Toledo (la de la guarda de la flota de Indias), y juntas, en número de noventa naves! surgieron en Cádiz el 18 de noviembre.

Gran pesadumbre atormentaba a España por el desastre sufrido por la flota del general Benavides (almirante León), que con un considerable tesoro de Nueva España había caído en Matanzas en poder de los holandeses, pérdida compensada con la llegada de la flota de Tierra Firme, mejor gobernada por don Tomás de Larraspu.

Dos viajes de ida y vuelta hizo posteriormente el afortunado general Larraspu (1628-30 y 1631-32), burlando a los enemigos con derroteros poco usados, por entre Calicos y Managuana, mientras ellos surcaban la mar esperándole sobre el cabo San Antonio, derotero usual de las flotas de Nueva España, salidas de Veracruz.

Don Tomás de Larraspu favorito de la fortuna, marino, constructor, piloto, ascendido por méritos indiscutibles desde soldado a capitán general de la Armada del mar Océano, primera de España, portadora del estandarte real a cuya vista todos se abatían; honrado con la insignia de Calatrava en méritos de los derroteros afortunados con que en muchas ocasiones condujo a España los caudales de Indias, pasando con pocas naves entre ochenta enemigas que en ocasiones le buscaban, antes de cumplir los cincuenta años de edad, falleció en Azcoitia, lugar de su nacimiento, en 1632.

Enfrascó MUNARRIZ URTASUN
Teniente Coronel de Infantería.

DE ARTE VASCO JUICIOS Y CONSIDERACIONES A LA EXPOSICION DE ARTISTAS GUIPUZCOANOS

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Al romper hoy con nuestros temas favoritos y cambiar de terreno nuestra actividad, debemos advertir a quien nos leyere —y le rogamos lo tenga esto muy en cuenta— que lo hacemos acompañados del bagaje que nos es habitual: la sinceridad y hasta la rudeza, si se quiere, pero, siempre con el mismo fin: la crítica documentada.

Hemos estudiado guiados con los consejos de los más dispares maestros. Las escuelas las más opuestas modelaron nuestra oorta cultura artística.

Hemos consultado a los autores más varios que escribieron sobre las Bellas Artes, desde Maspero y Roger de Piles, a Reynolds y André Michel, y de Beneditte y Elie Faure a Camille Mauclair y Paul Signac. Y hemos tratado de comprenderlos a unos y a otros en sus propios países de origen empapándonos y compenetrándonos con sus juicios en el medio ambiente que los informaron.

Con todo esto no será difícil trasladar lo exigentes que somos y lo riguroso de nuestros juicios cuando los emitimos. Nosotros lo hemos reconocido antes de ahora, pero algo de lo que ya hemos hecho en la Prensa del extranjero seamos permitido repetir aquí. Tenemos sumo interés, ya que lo consideramos de utilidad para el desarrollo del Arte Vasco.

Así que allí donde veamos un meritorio destello lo ensalzaremos y procuraremos, evidenciándolo, su progreso; pero si por lo contrario, se nos ofrece como bueno lo mediano, así será también denunciado para su depuración o hundimiento.

A LOS EXPOSITORES

Entre todos se destaca, gallardamente, hay que confesarlo, un artista: Elias Salaverria.

Este tiene un alto concepto del Arte, una paleta vigorosa y sabe ver. Con estas cualidades no puede sorprendernos que consiga obras tan logradas como los retratos que expone.

Los que le rodean, no parece sino que se han puesto de común acuerdo para oscurecer la justa fama que de vigoroso adquirió, el arte pictórico vasco, gracias al genio de aquellos maestros, laburando el uno y guipuzcoano al otro, valores mundiales que destacaron precisamente por lo que más falta hoy en este salón: la fuerza y jugosidad de su pintura.

Si León Bonnat e Ignacio Zuloaga han sido dos lumbreras cuyos destellos (lozanos y jugosos los de aquel y vigorosamente "male" los de éste), iluminaron, durante mucho tiempo, el arte pictórico universal.

Esto es sobradamente reconocido pero conviene a menudo por ello mismo, recordarlo. Se ha escrito mucho de ambos y, para hacer su apología, bastarían transcribir algo; pero nosotros, ahora, sólo traeremos aquí aquello que nos sirva a nuestro intento "artista energúe—se dice de Bonnat y es la opinión generalizada—et vibrant dont le talent un peu brutal se manifeste par une execution puissante". "Pire—dice Mr. Maxime du Camp—un bon parti des colorations rouges, noires et blancs... et toute la composition, tene dans une gamme étouffée mais puissante..." "execution tres simple— dice T. de Wizeva en "Les grands peintres de la France"—mais

solide, concienctieux et robuste qu'il est aujourd'hui" (op. cit. pag. 79).

Su ejemplo cundió y dió opimos frutos, como se manifiesta en esos sus continuadores: Los Echeverry de las diáfanas y nobles composiciones; los George Berges, de las coloraciones vibrantes y fogosas; los Zo (Achille y Henri), etc. etc.

Y de Zuloaga, ¿qué decir? "...Vino—dice Ballesteros de Martos— a dar un nuevo y rudo golpe a las anémicas normas artísticas de nuestra patria. La aparición del pintor vasco fué, sin disputa, mucho más trascendental y conmocionadora que la de Sorolla, pues al bien éste venia a corroborar la doctrina del individualismo en el arte, Zuloaga vino a recoger las herencias que nos legaron el Greco, Velázquez y Goya; es decir, vino a cumplir lo que hasta ahora no había realizado nadie, lo que Fortuny, al más alto pintor del siglo XIX no acertó a realizar, no obstante haber sido el único que tuvo clara tendencia nacionalista..." (Continuará).

G. H. ONATIVIA.

REVISTA INTERNACIONAL DE LOS ESTUDIOS VASCOS

Todas las entregas de esta Revista, desde 1907, año de su fundación, contienen importantes trabajos y datos inéditos que han contribuido eficazmente a alcanzar el grado de florecimiento a que han llegado en la actualidad los estudios relativos al País Vasco.

La que ahora tenemos a la vista, correspondiente al último trimestre de 1935, no solamente no desmerece en nada de las anteriores, sino que en cierto modo las supera, pues por la variedad de su contenido y por las curiosas materias que aborda ha de ser seguramente el agrado de sus numerosos lectores.

Entre ellas destacaremos un documentadísimo trabajo de don Angel Irigaray, que le sirvió de base para una conferencia dada en los Cursos de Verano de Eusko Ikaskuntza, sobre un tema digno de profundo estudio y desapasionada consideración. El área lingüística guasqueña en Navarra queda delimitada en este trabajo con testimonios de absoluta probidad histórica, a la vez que se analizan las causas de su progresiva y creciente reducción, y que, según el autor, están en la influencia del maestro y en el descuido o la negligencia del sacerdote.

Muchas y muy interesantes reflexiones —a ellas brinda su trabajo el señor Irigaray— se presta este ensayo de geografía lingüística de Navarra.

Sobre la difusión del euskera, inserta la RIEV otro trabajo firmado por don Juan Bautista Merino, quien basándose en la toponimia menor afirma la existencia de una laguna lingüística euskérica en el valle de Ojastrotro de Burgos.

W. Giesse analiza unas variantes a "Las doce palabras retornadas", cuento o canto, de origen oriental muy difundido o conocido en Europa.

Justo Gárate, tan aficionado a la exactitud en puntos de erudición, continúa su habitual labor en los artículos "Las citas vascas", de Victor Hugo, y el "Vasco-celtis-

PACHICO, EL DE ITURBURU (CUENTO)

I

En aquella tarde de domingo, Pachico, el de Iturburu, emprendió el camino que había de conducirlo a Ventachuri, donde cada ocho días, omás a menudo si había fiesta entre semana, divertíase la juventud del barrio rural entregándose por unas horas al baile y otras diversiones propias de un lugar de romería.

Iba sólo y como ensimismado. Su corazón de atleta rubio y tímido tenía, al caminar por el monte, desgarrados balances de velero caperando la tempestad.

Jugador de pelota y de bolos, alzkolari y adjudicante de otros cuantos genuinos sports por el estilo, en los cuales brillaba con fama que había traspuesto la contornada hasta llegar al más apartado rincón de la provincia, costaba trabajo, al verlo tan zafio y desgarrado, imaginárselo actor de esos juegos de habilidad, de fuerza y de destreza, en los que la persona de Pachico adquiría actitudes plásticas dignas de la estatuaría griega.

¡Había que verle, en efecto, "empujando" a los bueyes, en la mano el "acullu" y en los labios un "jeupl" poderoso y dinámico, en una prueba en la plaza del pueblo, ante una admirada y fervorosa concurrencia!

O estirándose ágil en el frontón para castigar una pelota a volea fulminante. O haciendo la brufida hoja de acero del hacha en el tronco rojizo, con fuerza viva de catapulta, en el "juego de hachas".

Pachico, forzado y dominador en estos varoniles ejercicios, era de una timidez rayana en el infantilismo con las mujeres. A sus veintidós años cumplidos y a pesar de la admiración que sus hazañas de héroe popular habían de producir en las imaginaciones de tantas lindas caseritas, aún no se le conocía, no digo novia, pero es que ni sombra de la más ligera insinuación en odios femeninos...

Y no es que no le gustasen las chicas, no. Era que su timidez, su encogimiento de carácter, eran más fuertes que él, poseedor de un cuerpo de gigante y de un alma tímida de niño.

II

Cuando Pachico llegó al baile, éste comenzaba a adquirir animación. Llegaban en bandadas, formando alegres grupos, los mozos y mozas de los caseríos de la contornada, luciendo sus mejores atavíos las muchachas, ceñidos a la cabeza los pintorescos pañuelos, cayendo a la espalda las trenzas rubias o morenas; tocados los hombres de la clásica bolina, vestidos de blusa limpia algunos, otros con el traje negro del domingo.

Tal que otro grupo se acompañaba con las notas de un acordeón, tocado con arte por las manos de un jebo flamenco, que así descansaban del manejo de la hoz y de la azada.

Se oía el estampido de los cohetes disparados allí mismo, a la puerta de la venta, como anuncio de la romería, contestados más abajo por los repulgues de la montaña, con "irritizis" poderosos...

Las risas frescas de las caseritas, unificándose a estos ecos, daban al ambiente la nota mejor de aquella alegría alborozada...

Pachico se reunió con Manu, con Pedro Mari, el de Legorreta, y otros amigos. Pidieron café y una botella de coñac. Encendieron sendas porras de la Tabacalera y se enzarzaron en comentarios de alguna apuesta pendiente o en los preliminares de alguna a concertar.

El terceto de juglares euzkoineses encargados de amenizar la fiesta lanzó las melodías de sus instrumentos sobre los impacientes bailarines...

Y el baile de Ventachuri llegó al apogeo de su animación.

En un descanso de éste, Marichu, la de Echeverri, preciosa nesca de ojos y pelo negro como la endrina, de andares desenvueltos y graciosos y colorada carita de manzana, salió con unas amigas a reparar con el aire puro de la tarde el sofoco producido por el baile.

—Ya les has visto, Mari?—le dijo no más salir una de las chicas—. Ya les has visto las miradas que te ha tirado Pachico? ¡Milagro si ese chico enamorado de ti

mo", y "La primera edición del canto de Lelo". El joven artista francés Ph. Veyrin aporta nuevas precisiones acerca de la significación del torado conforme de las mujeres vascas en el siglo XVI, problema planteado hace años por Julio de Urquijo.

De historia local vasca escriben J. J. de Mugártzy y el P. Ruiz de Larrinaga. Este prueba documentalmente que la Iglesia de San Sebastián el viejo, tuvo una "fresca franciscana" de 1516 a 1539. El P. Germán de Iruña es autor de un trabajo titulado "Discutibles interpretaciones de la moneda de Sancho el Mayor".

En la aportación a este número del director de la R. I. E. V. se contienen datos inéditos acerca de los "vascillos del paraíso", con un estudio acerca de don Julián de Churruc, hermano del héroe de Trafalgar; un nuevo dato documental relativo a San Martín de la Ascensión (hipótesis de Ibarraquelua), y una necrología del literato y vascofrancés Georges Hérelle.

La de don Julio Altadill va firmada por P. Garmendia.

La sección bibliográfica es aun más rica y variada que de costumbre. No la detallamos para no alargar demasiado esta nota.

no está... Yo me he fijao Men y a mí eso no me falla...

—¿El de Iturburu?—replicó Marichu—, Figuraseras tuyas, chica. Mirarme como a cualquiera otra habra hecho.

—¡Que te crees tú eso!—lanzó rápida la primera, empleando un expresivo modismo exótico—. Demasiado te sabes...

—Y aunque no sea así. Peor para él si me mira y si se está enamorao. Muy simporgo es esa pa que yo le haría caso... Ese no te sirve más que para jugar a la pelota y al juego de hachas y para haser burradas también, pero no para decirle cosas bonitas a una nesca...

Y la caserita, dichas estas palabras, soltó una alegre carcajada.

—Así me creo yo también—concluyó la amiga de Marichu, mientras sus ojos revelaban, vaya usted a saber porqué, la alegría que le producían aquellas calabazas antipáticas.

Con esto se entraron de nuevo en el baile. Al pasar delante de Pachico, que tenía no sé qué extraña resolución pintada en el semblante, coloreado por las libaciones, Marichu no pudo reprimir un grito al ver al inútil levantarse y dirigirse rápido hacia ella.

Cogióla él con violencia por una muñeca y espetóla con prisa estas palabras: —¡Mari, bailar conmigo tienes que haser!

—Gracias—contestó no repuesta del susto la muchacha—pero ganas no me tengo de bailar ahora... un poco cansada me estoy...

—Pues... ¡a la fuerza te bailarás! Oírme una cosa tienes que tengo que desirte. Y esto diciendo, apretó el mozaibón con más fuerza el brazo de la muchacha, a la que atrajo a sí de un tirón.

Simultáneamente un hombre se interpuso entre los dos, separándolos con facilidad, toda vez que el forzudo muchacho no opuso resistencia.

Como paralizado, corrido y avergonzado después del arrebatado, quedó Pachico. Mirando con mirada mitad de timidez, mitad de simpatía, a aquel tercero en discordia la muchacha.

Llevaronse a Marichu las amigas. Sujetaron los hombres a los que quedaron frente a frente. Hendieron el aire unos insultos. Y en los oídos de todos, flotando sobre las reminiscencias de la música, una palabra que sonaba fea en la hasta entonces placida romería, quedó tamborileando por un rato. Iba dirigida a aquel muchacho que había hecho de Quijote, pequeño y enjuto, cuya cara tenía el color de las caras tostadas por los soles de Castilla.

Esfumáronse no se sabe cómo los protagonistas. La cosa quedó así. Y el baile de Ventachuri continuó, tan animado como antes.

III

Ocurrió lo que tenía que ocurrir. En la imaginación novelera de Marichu, la aparición del castellano—que era joven y de aspecto agradable y decidido—tuvo una repercusión del todo romántica y sentimental. Marichu se había enamorado del defensor de su persona en aquella tarde memorable y como a él habíase sucedido otro tanto—aquello fué un mutuo flechazo—hete aquí que a los pocos domingos son novios; novios con la oposición cerrada de los padres de ella y la franca hostilidad de los convencinos de la caserita.

¿Qué iba a pasar allí? ¿Qué había Pachico, el forzudo, el atleta, que no había dado ya su merecido al quijote, al intruso, al que después de haberle dado una lección delante de todos, pretendía coronar su hazaña dejándole compuesto y sin novia, conquistando a la nesca más bonita del contorno? Un soplo de tragedia cerníase por los montes y los valles habitados por aquellas gentes aldeanas.

Fué en la sidrería donde, al hacerse pública la noticia, los mozos habíanse constituido en tribunal y abrumaban con sus cargos a Pachico.

—¡Esto no te dejarás así!—clamaba Pedro Mari, el de Legorreta, dirigiéndose al enjuiciado—. ¿Qué se había creído ese sinvergüenza? ¿Que se va a quedar así la cosa y tan tranquilo se va a engañar encima a esa tonía de Marichu? ¡No te faltaría otra cosa!

—Contra más que el faltarte te hizo delante de todos—terciaba Manu, el travieso Manu, todo nervios y exaltación—y no querrás tú quedarte mal y dejarnos también mal a todos.

Clamaban venganza los presentes, exaltándose poco a poco en el fuego de la oratoria y de la sidra, que trasegaban vaso tras vaso.

Pachico permanecía silencioso. De pronto, rompió el mutismo en que se encerraba para decir:

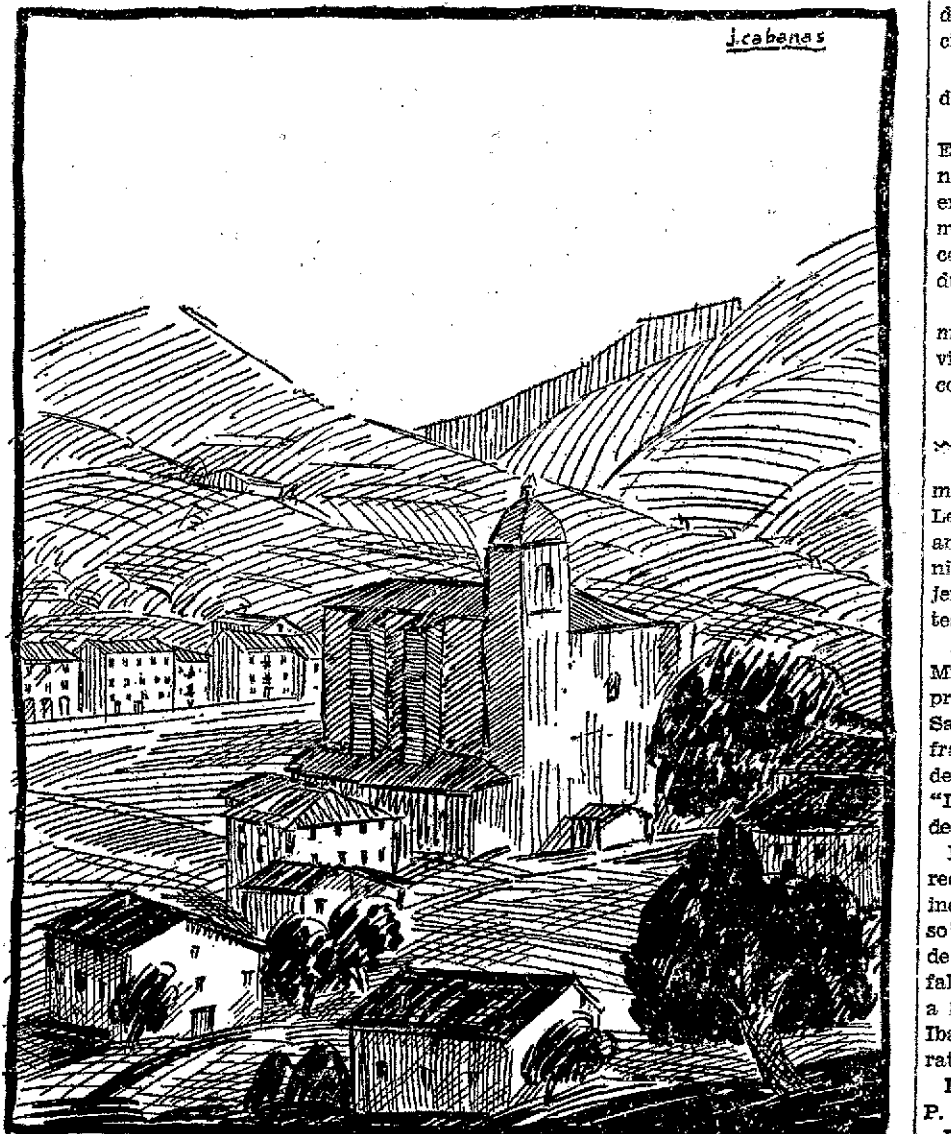
—¿Queréis callaros de una vez? Parecer no hace sino que yo no me tengo el uso de razón y no me sé lo que tengo que haser en lo que me se toca tan de cerca.

—Haserle sisco a puñetas, cuando menos—dijo uno.

—No, por sierto—replicó Pachico—. Y continúa:

—Pena grande me tengo desde el dichoso domingo de Ventachuri, y desafortunado tengo que hacer el bilis que me fengo domro del cuerpo desde entonces... ¡Gustarme Marichu desde mucho tiempo y chámofao como un burro de ella me estoy!... Pero eso no es pa mí, que muy bruto me soy pa abrazarme algún día ese cuerpo bonito.

(Pasa a la página once.)



VISTA DE LIZARZA